

## SESTA PARTE.

### PRINCIPE Y REY.

ROMANCE HISTORICO.

Está la noche serena;  
La luna sin pardas nubes  
Que la empañen, limpia y clara  
En el firmamento luce.  
En derredor las estrellas  
Con multiplicadas lumbres,  
Tachonan del aire vano  
Los pabellones azules.  
Eresma por entre peñas  
Su escaso raudal conduce  
A las plantas de un alcázar  
Que en sus arenas las hunde;  
Y ya en montones de espuma  
Rvstoso se derrumbe,  
Ya con transparentes ondas  
Manso y humilde murmure,  
Nunca es mas que un corto espejo  
Que adula la escelsa cumbre,  
Porque permita al palacio  
Que en su cristal se dibuje.

Está la noche serena,  
Y á pasos rápidos huye  
Sobre la choza pajiza  
Y la espléndida techumbre.—  
Calla el viento; el aura apenas  
Suelta ráfaga que ondula,  
Eresma hace que sus ondas  
No desvelen, sino arrullen,  
Y si algun pájaro errante  
Hay que el silencio interrumpe,  
Avergonzado se duerme  
Por no tener quien le escuche.

Mas no es tan hondo el silencio  
Que el aura á veces no crucen  
Los incompletos compases  
Que danza vecina arguyen.  
Oyese el rumor lejano  
De contenta muchedumbre,  
Que entre cánticos y brindis

El sueño tenaz sacuden.  
La danza es en el alcázar,  
Que el príncipe Enrique cumple  
Hoy años y á malgastarlos  
Junta los mas que le ayuden.  
La copa de los placeres  
Para que ansiosos apuren  
Cuántas damas y galanes  
Hay en Castilla, reúne.  
La vida es corta; los dias  
Se menguan y disminuyen,  
La molicie es cortesana,  
Y los placeres son dulces.—  
¿Qué importa que el rey Don Juan  
Contra los rebeldes luche?  
El príncipe vive y goza,  
Que como á quien es le cumple  
¡Fiestas y danzas! Los reyes  
No son hidalgos comunes  
En cuya frente se ostentan  
El valor y las virtudes.  
Una frente coronada  
Radia sola tantas luces,  
Que los ojos atrevidos  
A sus destellos sucumben.  
Por eso suenan alegres  
Las chirimias y adufes,  
Haciendo que sus compases  
De sala en sala retumben;  
Por eso amoroso abrazo  
Despertador de inquietudes  
Los talles de las hermosas  
Al cenidor sustituyen;  
Por eso el cendal flotante  
Gira en círculo voluble,  
Revelando lo escondido  
Tras lo que traidor descubre.  
¡Oh! hermosas son las hermosas  
Cuando aspirando perfumes,  
Mas ocultos sus hechizos  
Entre transparentes tules,  
Sneltos los cabellos de ébano  
En espirales y en bucles  
De amar y gozar sedientas

A los salones acuden.  
Aquel aliento que envía  
Un suspiro á que se cruce  
Con un suspiro que deja  
Que aquel su lugar ocupe;  
Aquel murmullo continuo  
Que hace que el aura susurre  
Con mil acentos sin forma  
Que entre sus pliegues confunde;  
Aquella blanda sonrisa  
Que vida en un alma influye,  
Mientras aguarda favores  
En penada incertidumbre:  
Aquellos húmedos ojos  
A cuya luz se destruyen  
Los hielos del corazon  
Cuando de esquivo presume:  
Tantos acasos pensados  
Que en rodeos mil conducen  
Al revuelto laberinto  
De amantes solicitudes;  
Y todo ello en un palacio  
Donde tormentosa bulle  
Cuanta pompa, intriga y gala  
La faz de un príncipe influye,  
Hacen que los corazones  
Tan embriagados se ofusquen,  
Que deliren paraísos  
Bajo el cieno que les cubre.  
Espléndido está el salon,  
Y aunque mucho disimulen,  
Las damas están contentas  
Cuando los maridos sufren.  
El príncipe galantea,  
Y las damas de mas lustre  
Le deben hoy tantas flores  
Cuanto algunos pesadumbres.  
Porque él con una en los brazos  
Toda una danza interrumpe,  
Haciendo que en raudos círculos  
Mil veces el salon cruce.  
Pié con pié, mano con mano  
Al muelle lánguido empuje  
La lleva en pos blandamente,  
La suspende y la sacude.  
Ella adormecida, suelta  
Sobre brazo tan ilustre,  
Más se abandona y descuida  
Porque más él la asegure;  
Flotan los rizos de entrambos,  
Los alientos se confunden,  
Crúzanse los piés veloces,  
Vagan los mantos volubles,  
El labio pide á los ojos  
Osadía, amor y lumbre,  
Y los labios á los ojos  
Suplican que no pronuncien.  
Los ojos suplen las voces,  
La sonrisa el fuego encubre,  
Y así al amor y al placer  
Todo sirve y todo suple.  
Espléndido está el salon,  
Todo el aire son perfumes,

Música, citas, suspiros,  
Murmullo, plumas y luces.  
Mas hay un hombre sombrío  
A quien todos llaman duque,  
Y á quien ninguno aventaja  
En la gala que le cubre,  
Cuyos dos ojos tenaces  
Sin que se aparten ó muden,  
En el príncipe están fijos  
Cual si temiera que le hurten:  
Si algun importuno acaso  
Su tenacidad reduce  
Siempre á su objeto ambiciosos  
Rápidos se restituyen.  
Al acero se parecen,  
Que por mas que se procure  
Doblarle contra el iman,  
Siempre hácia el iman resurte:  
Mientras, descuidado el príncipe  
Sin que su gozo perturben,  
Con una dama en los brazos  
Por el salon baja y sube.  
Es cierto que alguna vez  
Mira de reojo al duque;  
Mas éste firme y tranquilo  
Ni le busca ni le huye.  
Es verdad que alguna vez  
El primogénito ilustre  
Su voluptuosa pareja  
Por delante dél conduce;  
Y tal vez aunque no altivo  
De distinguirse se escuse,  
No se alcanza á comprender  
Si es que le honre ó que le injurie;  
Mas el duque no por ello  
En desman alguno incurre:  
Siempre el respeto le sobra,  
Ya le responda ó le escuche.

Cesó la danza y la música,  
Que ya el albor se descubre  
Del alba que por los vidrios  
Asoma sus turbias luces.  
Quedó el alcázar tranquilo,  
Despejó la muchedumbre,  
Sonó un beso, y don Enrique  
Entregó su dama al duque.  
Aquel dijo: "Hasta mañana."  
Contestó éste: "Si á Dios cumple."  
Y don Enrique volviéndose  
Siguióle la servidumbre.

### LA CORTINA VERDE.

Son unas horas despues,  
Y vense en su gabinete  
Inés en un taburete  
Y don Enrique á sus piés.  
Testigos de sus deslices  
En aquel retrete oscuro,

Están colgados del muro  
De Flandes cinco tapices.  
Toda sorpresa exterior  
Previenen las celosías,  
Y dos dueñas de vigías  
Que están en el corredor.  
Lucha la luz con la sombra,  
El rojo sol de occidente  
Colora confusamente  
Las labores de la alfombra.  
Las flores desde el jardín  
Prestan al aura perfume,  
Y otro al fuego se consume  
En el mismo camarín.  
Todo es paz, calma y quietud  
En el retrete oriental;  
Mas si no es paz criminal  
No es la paz de la virtud.  
Don Enrique está hechicero;  
Doña Inés como una estrella;  
Voluptuosa está la bella,  
Y galan el caballero.  
En los ojos de la hermosa  
Se está mirando el galan,  
Y ambos atizando están  
Hoguera tan peligrosa.  
Ella en recreo infantil  
Destrénzale los cabellos,  
Bucles haciéndole de ellos  
Con sus manos de marfil.  
El con sonrisa liviana,  
En acento adulator  
Dulces palabras de amor  
La dice á la cortesana.  
Ella de orgullo suspira  
Gozando el favor real,  
Aunque él interpreta mal  
La vanidad que la inspira.  
El, mancebo y sin consejo  
En su amor se está abrasando;  
Pero ella está contemplando  
Su contorno en un espejo.  
El la dice: "Hermosa estás,"  
Y en silencioso desden  
Dice ella: "Lo sé tan bien,  
Que advertirlo está demas."  
El con el dulce reclamo  
Del silencio engañador,  
Traduciéndolo mejor  
Añade: "Inés, yo te amo."  
Ella culpando su esceso  
Cuando mas cerca la estrecha,  
Le da de sí satisfecha  
Por cada palabra un beso.  
Y en larga conversacion  
Ella altiva, él importuno,  
Demuestra bien cada uno  
El afan del corazon.  
Así el príncipe decia  
Enagenado á la hermosa;  
Y astuta y voluptuosa  
Ella así le respondia.

DON ENRIQUE.

Un reino me aguarda, sí;  
Con él media vida diera  
Por gozar, Inés, siquiera  
La otra media junto á tí.

DOÑA INES.

Siendo príncipe, señor,  
Diérais existiendo un año,  
Cada mes un desengaño  
A vuestro constante amor.

DON ENRIQUE.

Pasiones fueran livianas,  
Pasatiempos nada mas;  
Que no encontrara quizás  
Sino amor de cortesanas.

Mas Inés, viéndote á tí  
Esquivarte fuera en vano.

DOÑA INES.

¡Hoy me aduláis cortesano,  
Que estais delante de mí!

DON ENRIQUE.

Te lo juro, hermosa Inés:  
Diera mis reales palacios,  
Mis coronas de topacios  
Por vivir siempre á tus piés.

DOÑA INES.

¡Tan bella, Enrique, os parezco!

DON ENRIQUE.

Como tú no nacen dos.  
Y por ello, vive Dios,  
Safro mal que no merezco.

DOÑA INES.

¿Vos por mí males?

DON ENRIQUE.

Sí á fé.

DOÑA INES.

No os entiendo.

DON ENRIQUE.

¿Me amas, dí?

DOÑA INES.

En mi alma de vos á mí  
Si hay diferencia no sé.  
Mas . . .

DON ENRIQUE.

¿Qué, Inés?

DOÑA INES.

¿Habeis oido?  
Jurara que algo sonó.

DON ENRIQUE.

Nada he percibido yo . . .  
Ilusion tuya habrá sido.

Quedó Inés un punto en pié  
Escuchando perspicias,

Y asíola el príncipe audaz  
Repitiendo: "Nada fué."  
Y á fé que era la quietud  
De aquel ansioso momento,  
Tan honda en el aposento  
Como en desierto ataud.

Ningun rumor la turbaba,  
Ningun susurro se oia,  
Si alguna vez se eximia  
La brisa que murmuraba.

Los vapores del perfume  
Que exhala el ancho pebete  
Aroman el gabinete  
Y el aire que los consume.

La rica tapicería  
Inmóvil en el muro está,  
Y á sitio seguro dá  
Cada puerta y celosía.

Hay en el fondo una alcoba  
Que, aunque en la sombra se pierde,  
Espesa cortina verde  
Al ojo su interior roba.

Tal vez el aura sutil  
Un instante la movió,  
Y eso sin duda causó  
A Inés su terror pueril.

Mas repuesta y sosegada  
Junto al príncipe otra vez,  
Díjole con candidez:  
"Teneis razon: no fué nada.

Mas perdonad que haya sido  
Tan fácil para el temor,  
Que aunque os tengo mucho amor  
Tengo miedo á mi marido."

D. ENRIQUE.

No me le nombres, Inés,  
Que hasta su nombre me irrita.

INES.

La vida, señor, me quita  
Con tan celoso como es.

D. ENRIQUE.

¡Ah, Inés mia, ese es el mal  
Que lamentaba hace poco! . . .  
Tengo de volverme loco  
Con un hombre tan cabal.

No hay cortesano mejor  
Ni mas puntual caballero,  
En la obediencia el primero  
Y el primero en el valor.

No hay medio de hallarle infiel  
Ni falta que acriminar,  
Ni encuentro que castigar  
Por mas que lo busco en él.

En la primera escepcion  
En que incurra ha de morir.

INES.

Señor, ¿eso osais decir?

D. ENRIQUE.

Alma mia, celos son.

No puedo pensar en paz  
Que él goza de tu hermosura,  
Cuando por igual ventura  
Me lamento sin solaz.

¿Te parece digna traza  
De un príncipe que osa amarte,  
Esperar por solo hablarte  
A que él se salga de caza?  
¿Es digno de mi ambicion  
Que cuando él parte tu lecho,  
Me dé yo por satisfecho  
Cosa verte por un balcon?

INES.

Pero yo, Enrique, os adoro.

D. ENRIQUE.

Sí, y en ese amor sobrante  
Me arrebatas el diamante  
Dándome el arillo de oro!

INES.

Os doy cuanto puedo dar.  
No podeis mas exigir!

D. ENRIQUE.

Aunque él haya de morir  
Tu amor solo he de alcanzar

Ronco, ahogado, comprimido  
Sonó un fugitivo acento,  
Como el rumor del aliento  
Largo tiempo detenido.

Perdió la dama el color  
Púsose el príncipe en pié  
Recelando ambos que esté  
Alguno en el corredor.

Mas por el mismo lugar  
Con muy recatada seña,  
Oyóse á la astuta dueña  
Por el corredor llamar.

Adios, señor, dijo Inés,  
Que de partiros es hora.  
—¿Hasta cuándo?

—Por ahora

Si gustais hasta despues.  
¿Tanta ventura es verdad?  
Os lo habia prometido.  
De caza está mi marido:

Válganos la oscuridad.  
—¿Vendreis?

—¿Cómo no?

—Atended;

No hagais confianza vana,  
Abierta está la ventana  
Y es áspera la pared.

—Os entiendo, vendré solo.

—Sí, que la noche es oscura.

—¡Oh! y per tamaña ventura

Fuera yo de polo á polo —

Salió el príncipe, y la bella,

Orgullosa por su amor,

Saliendo hasta el corredor,  
Dejó el camarín tras ella.

Todo en él fué soledad,  
Y la cortina arrugando  
Vióse al duque murmurando  
Inmóvil en la oscuridad;  
"Hé aquí que todo lo pierde  
"Por no pensar mi mujer,  
"Que yo me puedo esconder  
"Tras esta cortina verde."

#### JUSTOS POR PECADORES.

Es Clara una hermosa niña  
Que en la faz muestra gentiles  
De sus diez y seis abriles  
Los encantos á la vez.  
Sencilla, mas sin que el mundo  
La sobrecoja y empache,  
Las pupilas de azabache  
Y de azucenas la tez.

Suelta y libre la cintura,  
Como la noche el cabello,  
Trasparentes en el cuello  
Venas de vírgen azul.  
Pié breve y aéreo paso,  
Mas inquieta y mas lijera  
Que en la fértil primavera  
Las hojas del abedul.

Gacela del mirar dulce  
La llamó un árabe errante,  
Sol, azucena y diamante  
Las gitanas que la ven.  
El árabe en sus desiertos  
Con su memoria camina,  
Egipto la vaticina  
Infinito amor y bien.  
Sus ojos brillan tranquilos  
Como una noche serena,  
Su alma en ella se vé agena  
De temor y de inquietud.  
El duque la dice—amiga—  
Los mancebos—soberana—  
Doña Inés la dice—hermana—  
Y hermosa—la multitud—

Si se reclina cansada  
Junto á la fuente sonora,  
La náyade protectora  
Parece de su cristal;  
Si corre de los jardines  
Por las sendas desiguales,  
Semeja entre los rosales  
Una sílfide ideal.

Si sonríe, es su sonrisa  
Tan pura y tan hechicera,  
Cual la blanca luz primera  
Del alba limpia de Abril.  
Su voz es á quien la escucha  
Red amante, oculta vira,  
Y el aliento si suspira  
Aura olorosa y sutil.

El duque parte con ella  
Todo el amor de su esposa,  
Doña Inés procura ansiosa  
Con ella olvidarse de él.—  
Y es Clara, partiendo entrambos  
Su purísimo cariño,  
Para aquella un tierno niño  
Y un serafín para aquel.

Pasó toda aquella tarde  
En el huerto entretenida,  
Con una dueña que cuida  
Sus caprichos de cumplir.  
Cayó el sol: enlutó el cielo  
La impalpable sombra inmensa,  
La noche lóbrega y densa  
Amagó el mundo cubrir.

Guardó Clara sus cabellos  
Con un velo, del rocío;  
Cruzando el jardín umbrío  
Hácia el camarín tornó:  
Y asida á un ramo de flores  
Que robó á la primavera,  
Por una oscura escalera  
Hasta el corredor llegó.

Allí doña Inés posada,  
La mano en el antepecho,  
Miraba un camino estrecho  
Que oculto á la calle dá;  
Y en el jardín, tras la dueña  
Que recatada le guía  
Por la misteriosa vía,  
Rápido el príncipe va.

Clara entonces silenciosa  
Viendo á Inés tan distraída,  
De su estancia la salida  
Ganó á su espalda veloz:  
Cayó la puerta de golpe  
Con estrépito violento,  
Y oyóse en el aposento  
Del duque ronca la voz.

Tornóse Inés aterrada;  
Oyóse dentro un gemido;  
Aplicó atenta el oído  
Y dijo temblando:—El es.—  
Rápida, desalentada,  
Por el corredor saltando,  
Dió al jardín encomendando  
Su salvacion á sus piés.

Trémulo, descolorido  
El duque de allí un momento,  
Saliendo del aposento  
Embozado apareció.  
Caló el sombrero á los ojos,  
Y dando vuelta á la llave,  
Con paso callado y grave  
La escalerilla bajó.

#### UN APENDICE

A LAS

#### VENTANAS DE LA DUQUESA.

Triste y lóbrega es la noche;  
No está en el cielo la luna  
Colgada como una antorcha  
Entre la niebla nocturna.  
No es azul el firmamento,  
Que le encapotan y enlutan  
Informes masas de nubes,  
Que á paso tardo le cruzan.  
Todo es silencio en Segovia,  
Las ráfagas no murmuran,  
Que el aire denso y pesado  
Vecina tormenta anuncia.  
Triste y lóbrega es la noche;  
Yace la ciudad á oscuras  
En brazos del primer sueño,  
Inmóvil, opaca y muda.

Con precaucion cautelosa  
Que intento secreto anuncia,  
Corrió una mano el cerrojo  
De un postigo que se ofusca  
En un lado del alcázar,  
Entre prolijas molduras.  
Por ella dos embozados  
Salieron: y á la que alumbraba  
Débil luz de una linterna,  
Por defuera la aseguran.  
Como mucho se recatan  
Y es la sombra tan confusa,  
No se percibe á lo lejos  
Ni su faz, ni su figura.  
Porque es la sombra un cristal  
Que los recelos enturbian,  
Y el objeto que se mira  
Se disminuye ó se abalta.  
Tan velozmente caminan,  
Que pueden dejar en duda  
Si su acelerada marcha  
Es persecucion ó fuga.  
Doblan esquinas y calles,  
Plazuelas y plazas cruzan,  
Dijeran que van perdidos  
Sin encontrar lo que buscan.  
Mas tan decididos siguen  
La dificultosa ruta,  
Que bien se ve que no yerran  
Ni se desorientan nunca.  
El ferreruelo cruzado,  
A los ojos la capucha,  
La barba sobre los pechos,  
El morterete sin pluma,  
Van su camino en silencio  
Con planta firme y segura,  
Y el uno delante el otro  
Ni se paran ni se juntan.  
Debajo de unas ventanas  
Que con labores difusas,

Cercan muchos arabescos  
De primorosa escultura,  
Detúvose el de delante  
Diciendo: "Vela y escucha,  
Esperando que yo vuelva  
Sin que nadie me descubra."  
Replicó el otro en voz baja  
Saludando con mesura:  
"Y si una ronda..."

—Que pase,  
Que mi grandeza te escuda.  
—¿Y si un curioso?

—Que vuelva  
Atras.

—¿Y si me importuna?  
—Requiere si no eres manco,  
La razon de tu cintura."

Siguió adelante, esto dicho  
Y primero que él acuda  
A dar prevenido y cauto,  
O noticia, ó seña suya,  
Abriéndose una ventana  
Lanzó de su sombra muda  
Con una escala de seda  
Una voz que dijo: "suba."  
Subió el galan; mas llegando  
Veloz á la cuerda última,  
Un brazo que sacó un hombre  
Que esconde la catadura,  
Dándole aprisa un saquillo,  
Dijo: "Tome lo que busca."

Y cerrando la ventana  
Mano, voz y hombre se occultan.  
A tal momento en la calle,  
Con voz de duelo y angustia,  
Un ¡ay! lanzando una dama  
De la escala se asegura.  
Bajó el caballero, y ella  
Jadeando le pregunta:  
"¿Vivis?" y asiendo el estoque  
El replicó: "¿quien lo duda?"  
Llegó en esto el apostado  
Con la linterna, y á una,  
Dama y galan prurumpieron:  
"¿Don Enrique!—Inés!—Alumbra."  
Abrió el príncipe el saquillo  
Y sintiendo la tela húmeda,  
Metió la mano, y asiendo  
Con asombro lo que oculta,  
Sacó de la hermosa Clara  
La cabeza infantil, mustia.  
"¿Santos del cielo! ¡mi hermana!  
—Su sentencia era la tuya;  
(Dijo á Doña Inés el príncipe)  
Válgate, pues, tu fortuna."—  
Y dando á la dama el brazo  
Tomando su antigua ruta,  
Entraron en el alcázar  
Por la puertecilla oculta.

## A LUENGAS EDADES

## LUENGAS NOVEDADES.

## I

El príncipe pasó á rey,  
Y como era de esperar,  
Todo debió de cambiar  
Sujeto á distinta ley.

Era la reina muy bella:  
Mas como bella, celosa,  
Y otra alguna por hermosa  
No tiene igualdad con ella.

Así que el rey don Enrique,  
Si no adquirió mas virtud,  
De su ociosa juventud  
Puso á los vicios un dique.

De sus amigas livianas  
Mucho el número menguó,  
Y á la reina encomendó  
Sus mas lindas cortesanas.

Es verdad que á las dos leguas  
Doña Guiomar cada día,  
Entretenerle solía  
Dando al matrimonio treguas.

Y es cierto que tan leal  
A su príncipe como ella,  
De su amor le hace querella  
Catalina Sandoval.

Mas pecados reales son  
Que tachar fuera imprudencia,  
Son del cetro una exigencia,  
Escesos del corazón.

Que es mezquino á nuestro ver  
Que mandando tanta gente,  
Un monarca se contente  
Con tan solo una muger.

Si Dios condena el amor  
A la muger del vecino,  
No habla el precepto divino  
Con él con tanto rigor:

Y sin duda alguna es bien  
Que pues la ley dan los reyes,  
Sean ellos con las leyes,  
Privilegiados tambien.

Por eso en una alta torre  
Que al campo del moro cae,  
Por dó Manzanares trae  
Sus corrientes, cuando corre,

Se oye en la noche callada  
Sobre las alas del viento,  
Un dulcísimo lamento  
Y un arpa bien acordada.

Por eso en la noche oscura  
Dice el necio centinela,  
Que en aquella parte vela  
La bruja que el rey conjura.

Pues de tiempo inmemorial  
Por entre el vulgo se suena  
Que allí encontró el de Villena  
Un colega espiritual.

Distinto habitante mora  
Hoy en la torre precita,  
Mas quién es ó quién la habita  
A la verdad que se ignora.

Porque aunque á veces en ella  
Se oye que en trova confusa,  
La voz de quien canta acusa  
Los rigores de su estrella;

Se tambien que suspira  
Tan amantes cantilenas,  
Que si canta entre cadenas  
No canta, sino delira.

A veces una voz blanda  
En estribillo amoroso  
De un amador licencioso  
Nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible  
Y tan tierna en su cantar,  
Que intentarla remedar  
Fuera otra vez imposible.

Ya apagada, ya sonora,  
Ya trémula, ya segura,  
Como la fuente murmura,  
Como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago,  
Sin tema sobre que acuerde,  
Como una aura que se pierde  
Entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina  
Una voz tan infantil,  
Que no envidia en lo sutil  
Tonos á la golondrina.

Y á veces en la alta, oscura,  
Larga noche allí resuena,  
Varonil, pujante y llena  
Otra voz sin su dulzura.

Mas tambien con su vigor  
La voz dulce se amalgama,  
Que el aire las desparrama  
En nobles himnos de amor.

Una de amor se querella,  
Y otra canta sus victorias;  
Esta adora en sus memorias  
Y las diviniza aquella.

Quien de lejos las escucha  
En la negra oscuridad,  
Duda si sueña en verdad  
Y consigo mismo lucha.

Teme la supersticion  
Maleficio en el cantar,  
Pero se mueve á escuchar  
Temerario el corazón.

Es una noche tranquila,  
De esas azules, serenas,  
En que de la luna apenas  
La pálida luz vacila.

Dentro de aquel torreón  
Que cae al campo del moro,  
Se escucha el compas sonoro  
De la femenil cancion.

Envuelta en oscuro velo,  
Emblema claro del luto,

El tiempo os parece largo  
Que pasais siempre conmigo;  
Nunca, señor, os lo digo  
Y lo lloro sin embargo.

D. ENRIQUE.

Mas todas las noches vengo,  
Ines, y no se te oculta  
Que siempre lo dificulta  
El grave cargo que tengo.

DOÑA INES.

Mas yo, señor, noche y día  
En esta torre encerrada,  
Os espero enamorada  
Sin tener otra alegría.

Veo la noche importuna,  
De la aurora el arrebol,  
Nacer y morir el sol,  
Nacer y morir la luna.

Y todo el tiempo se va  
En inútiles querellas,  
Demandando á sol y estrellas  
Que me digan "¿dónde está?"

Veo todas las mañanas,  
Así que el sol reverbera,  
Partirse en fuga ligera  
Las avecillas livianas.

Todas las noches las veo  
Al crepúsculo volver,  
Fatigadas puede ser;  
Mas cumplido su deseo.

Y á mí el tiempo se me va  
En esas rejas vecinas,  
Pidiendo á las golondrinas  
Que me digan donde está.

Callaba el rey, interes  
Prestando á sus voces poco,  
Y en delirio amante y loco  
Lloraba á su lado Ines.

El la barba sobre el pecho,  
Cruzadas ambas rodillas,  
Sus querellas sin oillas  
Distraido ó satisfecho.

Ella en mas bajo lugar,  
Mal prendido el luengo velo;  
Las mangas de terciopelo  
Deshilando sin cesar.

El rey como quien tolera  
Algo que le mortifica;  
Ella como quien suplica  
Algun favor que no espera.

Al fin como quien despierta  
De un sueño que le acosó,  
Así Don Enrique habló  
Con trémula voz incierta.

"Mucho te amé, bella Ines,  
Mucho te amo, mas perdona  
Que no pueda mi corona  
Rendir amante á tus pies.

Casado estoy en verdad,  
Y de mi cetro en honor

Torna el rostro mal enjuto  
Una muger hácia el cielo.  
Y brilla mas la tristeza  
De su encantadora faz,  
Con el llanto que tenaz  
Destila de su tristeza.

Y en su angustia solitaria  
Demandársela pudiera  
Si cancion tan lastimera  
Es cantico ó es plegaria.

En un sitial á su lado  
Con un laúd la acompaña  
Enrique Cuarto de España,  
De su corona olvidado.

Pero ella ensaya tan mal  
La endecha triste que canta,  
Que mohino el rey aguanta  
Mal sentado en su sitial.

Viendo la poca virtud  
Que su canto ejerce en ella,  
Pues los tonos de la bella  
No aciertan con su laud.

Soltando al fin de la mano  
El inútil instrumento,  
Dijo con severo acento  
Entre brusco y cortesano:

"Para tal torpeza, Ines,  
Que no cantes es mejor."

DOÑA INES.

Cuanto pude hice, señor,  
Y os lo ofrezco tal cual es.

Dos meses ha que venís  
A gozaros en mi afán  
Con el nombre de galán;  
Mas como señor pedís.

Sin curar de mi dolor  
Mandáisme cantar y canto,  
No llorar y enjuto el llanto;  
No amar... y muerdo de amor.

D. ENRIQUE.

Ines, importuna estais.

DOÑA INES.

Y vos por de mas severo.

D. ENRIQUE.

Que estais muy celosa infiero.

DOÑA INES.

Yo infiero que no me amais.

D. ENRIQUE.

¡Siempre dudas de muger!  
¡Siempre igual reconveccion!

DOÑA INES.

Amando de corazón  
Amar es obedecer.

Todas las noches traéis  
La desazon en el gesto,  
Siempre á enojaros dispuesto,  
Y no hay de que es enojéis.

No cuidaré de tu amor,  
Sí de tu seguridad.  
El duque no sé que es dél;  
Y pues se habla de ello mal,  
Partirás á Portugal  
Con un mensajero fiel."  
Calló el rey, é lues transida  
De dolor tan impensado,  
De espalda cayó á su lado  
Cercana al fin de la vida.  
En sus brazos la sostuvo,  
Y á merced de un elixir,  
La vida volvió á latir,  
Camino el aliento tuvo.  
Volvió á herir su corazon  
Su altivez ó su mancilla,  
Y dijo al rey de Castilla  
Con la voz de la afliccion:  
Fué amarus orgullo en mí;  
Hízolo amor la porfia,  
Mas pues la culpa fué mia  
Castigada quedo así."  
Y tornándola á faltar  
Segunda vez el aliento,  
Salió el rey del aposento  
Tras quien la vengá á ayudar.

## II

Allá por do Manzanares  
En humildosas corrientes,  
Antes de entrar cortesano  
En Madrid sus aguas vierte;  
Hay un sitio en que fundaron  
Un alcázar otros reyes,  
Pardo en el nombre, y perdido  
En verdad entre placeres.  
En un despejado campo  
Que á su entrada el lugar tiene,  
Con grande rumor levantan  
A toda prisa un palenque.  
Dispónense aparadores,  
Aparéjense banquetes;  
Do quier se aprestan bajillas,  
Y se despitan toneles,  
Guirnaldas en los balcones  
Tapices en las paredes,  
Pabellones en los techos  
Y en las alfombras pebetes.  
Do quiera en el campo tiendas  
Con banderas diferentes,  
Andamios para la corte,  
Y andamios para los jueces.  
Y en el palacio tumulto,  
Y tumulto en el palenque,  
Y en las calles y en las plazas  
Los que van y los que vienen:  
Por allá suben literas,  
Por acullá palafrenes;  
Por allí de real mandato  
De la real gente ginetes:

Por un lado arcabuceros,  
Por otro lado donceles,  
Que ganando tiempo y tierra,  
Buscando aposentos vienen.  
Músicos, dueños, rateros,  
Saltimbanquis y corchetes,  
Tamboriles y danzantes;  
Curiosos é impertinentes.  
Aquí una moza devota,  
Que el brazo á una vieja tiene,  
Se ajusta en son de maitines  
Con un majo matasiete.  
Allí un dominico obeso  
Abultado de mofletes,  
En una niña de quince  
Posa los ojos ardientes,  
Sin duda alguna admirando  
Al Dios que hace aquellos serés  
De ojos negros, manos blancas,  
Cintura escasa y pié breve.  
Mas allá, bajo un sombrero  
Que en la oreja se mantiene,  
Alto y torcido el bigote,  
Larga espada, y entre el leve  
Rizado de ancha valona  
Escondido hasta los dientes,  
De pié derecho, y la mano  
Sobre la cintura siempre,  
Está á través escupiendo.  
Apercibido un valiente,  
De esos que dicen "miradme,  
Que hay indulgencias en verme."  
Y sobre todo el murmullo  
Que tan sin término hierve,  
En cóncavo estruendo ronco  
Por pueblo y campo se sienten  
Los mazos de los peones  
Que levantan el palenque,  
Y el martillo del armero  
Sobre golas y broqueles.  
Grandes fiestas se preparan,  
Y segun dice la gente,  
Son por los embajadores  
Que de la Bretaña vienen.  
Así tambien lo confirma  
La conversacion siguiente  
De dos judíos que aromas,  
Joyas y armaduras venden.  
—Buen agosto es habeis hecho,  
Ruben, á lo que parece.  
—No estoy quejoso, en verdad.  
—Y aun contento.  
—Ciertamente.  
—Sed franco.  
—¿Mas he de ser?  
—Y por nuestros intereses,  
Vayamos ambos á una,  
Que espero que no nos pese.  
—Sea así, hermano Daniel,  
Y escuchadme atentamente.  
El rey me compró en secreto,  
Para lujo en sus valientes,  
Las armaduras mejores

Del torneo.  
—¿Cuántas?  
—Trece.  
—¡Santos del cielo! ¿En monedas  
Os pagó?  
—Al punto y corrientes.  
—Feliz sois, Ruben.  
—Veamos  
Vuestra fortuna.  
—Yo siempre  
Por enemiga la tuve.  
—Pero yo sé que igualmente  
El rey, Daniel, os buscaba,  
—Sí, mas fué ganancia leve;  
Aplazóme los caballos  
De mejor sangre que hubiese,  
Y díle blancos y negros  
Los mejores.  
—¿Cuántos?  
—Trece.  
—¿Y os quejais?  
—¡Santa Sion!  
Pagó dos: los once debe.—  
Callaron ambos un punto,  
Y á Ruben Daniel volviéndose,  
Díjole: mas ya hay quien cubre  
Lo que pierdo en los corceles.  
Don Beltran armó los suyos  
Pródigo con mis arneses.  
—¿Oiga! ¿tambien don Beltran  
Campo en el cerco mantiene?  
—No por cierto; mas levanta  
En Madrid otro palenque,  
Para una segunda fiesta  
A la vuelta de los reyes.  
A la parte de Alcalá  
Tiene apostada su gente,  
Para tomar de las damas  
La brida á los palafrenes.  
—¿Atrevido es el pagano!  
¿Y árdua causa la que emprende!  
Los galanes victoriosos  
Se le opondrán reciamente.  
—Pues don Beltran de la Cueva  
Aun se está tan en sus trece,  
Que diz que hasta el mismo rey  
Le hará campo aunque le pese.  
—Mucho puja.  
—Es conde y rico.  
—Y el rey es rey.  
—Y él valiente.  
Y tiene consigo un hombre  
Que recata el rostro adrede,  
Que es capaz de armar batalla  
El solo con diez y siete.  
—¿Un soldado?  
—Un caballero.  
—¿Que es quien paga?  
—Lo parece.  
Que es un extranjero dicen  
Que de aventurero viene.  
—¿Trae gente en su compañía?  
—Lanzas hasta veintinueve.

—¿Es francés?  
—Flamenco.  
—¿Amigo  
De las botellas?  
No bebe.  
—¿Cómo!  
—Dél se cuentan cosas  
Bien estrañas cabalmente.  
Dicen que en vela continúa,  
No se sabe cuándo duerme.  
Que es sóbrio como una monja.  
—¿Mas su nombre?  
—No le tiene.  
Solo el Flamenco le llaman;  
Siempre anda solo y le temen.  
—¿Mas no se conoce de él?...  
—Nada mas que lo que él quiere;  
Y que es alto, recio, osado,  
Y á lidiar dispuesto siempre.—  
Callaron ambos judíos,  
Y en raudó tropel la gente  
Se agolpó sobre el camino  
A victorear á sus reyes.

## III.

Como seis dias despues,  
Y hácia las dos de la tarde,  
En el prado que en Madrid  
Por San Gerónimo sale,  
Armados hasta los dientes  
Y cubiertos los semblantes,  
Estaban dos caballeros  
De una ancha tienda delante.  
Detras de ellos apostados  
En hilera formidable,  
Hay de hasta treinta ginetes  
Potentísima falange:  
Y otros treinta caballeros,  
Cuantos valientes galanes,  
En varios grupos conversan  
De su pompa haciendo alarde.  
Donceles tienen sus lanzas,  
Sus caballos tienen pages,  
Siendo á la par todos ellos  
Soldados y capitanes.  
Detras hay una barrera  
Que guardan con antifaces,  
Otros doce caballeros  
Sobre doce yeguas árabes.  
A los lados dos andamios,  
Uno con las armas reales  
Y otro con las de Bretaña.  
Coronado de sinitales  
Otro andamio casi enfrente,  
Y en él los jueces y grandes  
Que han de pesar la justicia  
Y la ley de los combates:  
Y el resto cerca una vaila,  
Hasta dos arcos triunfales,  
En que remata una liza  
Que por la barrera se abre.

Banderas de mil colores  
Se estremecen en el aire,  
Que embalsaman ramilletes  
De jazmines y azahares.  
Lindísimas cortesanas  
De cabellos de azabache,  
Tez pálida y ojos negros,  
Bajan el prado adelante:  
Porque ¿qué son los jardines  
En que las flores no salen,  
Sino lo que son las fiestas  
En que las damas no caben?  
De ambas las tropas que aguardan  
El duro y próximo trance,  
Hablan en voces secretas  
Ambos los gefes audaces;  
Uno es Beltran de la Cueva,  
Del otro nada se sabe,  
Sino que con treinta lanzas  
Con Don Beltran hizo parte.  
Es de talla aventajada,  
De nunca visto semblante;  
Vigoroso asaz de miembros  
Y de fuerzas sin iguales,  
Una hacha de armas esgrime  
Y una espada formidable,  
Que los arneses mas recios  
Desencajan y deshacen.  
Cabalga un potro normando  
Como sufrido pujante,  
Que obedece á los impulsos  
De dos largos acieates;  
Y acostumbrado á la guerra,  
En que há tiempo que le traen,  
Mal le reprime el ginete  
Al oír los atabales.  
A su vez el caballero,  
Le acusa con voz tonante,  
Como si el mismo caballo  
A la misma par lidiase;  
Y dicen que tan á tiempo  
Le segunda, vuelve y parte,  
Que un solo cuerpo lidiando  
Ginete y caballo hacen.  
Así Beltran de la Cueva  
Hablabá á este personaje,  
Y el flamenco respondía  
Con razones semejantes.

DON BELTRAN.  
¿Sereis firme?

FLAMENCO.  
Como un roble.

DON BELTRAN.  
¿Lidiareis?

FLAMENCO.  
A toda sangre.

DON BELTRAN.  
¿Nadie pasará?

FLAMENCO.  
Ninguno

Con espada ni con guante.

DON BELTRAN.

¿Y si el mismo rey se empeña?

FLAMENCO.

Al rey, vive Dios, que mate  
Y lleve su guantelete  
En una pica hasta Flandes.

DON BELTRAN.

Si como decís obráis  
Temo que el campo no os baste.

FLAMENCO.

Al tiempo lo recomiendo,  
Y si la suerte me vale,  
Vereis que mejor amigo  
No hallarais para este trance.

DON BELTRAN.

¿Qué mote sacáis?

FLAMENCO.

Ninguno.

DON BELTRAN.  
Pues he visto á vuestro páge  
Un broquel con una letra.

FLAMENCO.

Esa letra dice "Nadie."

DON BELTRAN.

¿Es orgullo?

FLAMENCO.

Es una historia.

DON BELTRAN.

¿De amorias?

FLAMENCO.

Y de sangre.

DON BELTRAN.

¿Sois príncipe?

FLAMENCO.

No por cierto.

DON BELTRAN.

¿Sois huérfano?

FLAMENCO.

Lo acertásteis.

Porque á ninguno sujeto,  
Soy libre y la tierra grande.

Oyóse en esto el tumulto  
De pífanos y atabales,  
Y vióse la polvareda  
Que por el campo adelante  
Envuelve á los que se acercan  
Tras los pendones reales,  
Que acabados los torneos  
A Madrid vuelven triunfantes.  
Cabalgó al punto Beltran,  
Y cabalgando el de Flandes,

Asió broquel, lanza y brida,  
Diciendo con voz pujante:  
"¡A caballo! ¡Voto á Dios!  
Y en torneo ó en combate,  
No hay que dejar con espada  
Desde san Miguel á nadie."

EL PASO DE ARMAS

DE BELTRAN DE LA CUEVA.

I

¡Espléndida cabalgada!  
¡Caballeresco tropel!  
La reina viene montada  
Y el rey la brida dorada  
Asiendo de su corcel.

Vienen siguiendo sus huellas  
Las cortesanas mas bellas,  
Y á su vez los caballeros  
Sirven de palafreneros  
A los palafrenes de ellas.

Detras las literas vienen  
Sobre esclavos orientales;  
Los pages detras se tienen,  
Y el órden al fin mantienen  
Mil arcabuceros reales.

Todo es luego en derredor  
Y detras pueblo y tumulto;  
En el centro va el valor,  
Y en la fiesta mal oculto  
El orgullo y el amor.

Al valor pruebas le dan  
Las cotas hechas pedazos;  
Orgullosos todos van,  
Y el amor probando están  
Las empresas y los lazos.

Ondulan los martinetes  
Asidos á las cimeras  
De los ufanos ginetes,  
Y usurpan tocas ligeras  
El lugar de los almetes.

Y en vez de ferradas golases  
Y de rojas banderolas,  
Flotan en suelto equipage  
Los velos blancos de encage  
De las damas españolas.

Y de las sillas de guerra  
Forradas de limpio acero,  
Hasta tocar con la tierra,  
Cuelga el que de amor encierra  
Misterios cendal ligero.

No aprisionan los corceles  
Guanteletes ni escarcelas,  
Sí terciopelos y pieles,  
Y ellos van libres y fieles  
Sin temor á las espuelas.

Solamente mas severos,  
Aunque no siendo mejores,  
Tras el rey van altaneros

Pacíficos caballeros  
Los nobles embajadores.  
Y á sus personas prestando  
Las atenciones reales,  
En rico y vistoso bando,  
Sobre mulas van pasando  
Obispos y cardenales.

Todo es lujo y altivez,  
Todo es oro cuanto brilla,  
Y osténtanse allí á la vez  
Los hidalgos de mas prez  
De Leon y de Castilla.

Todas las mejores lanzas  
De ambos reinos acudieron,  
Y descuidando sus danzas,  
Osados en esperanzas  
Diz que hasta moros vinieron.

Que para ostentar valor  
Cualesquiera liza es buena;  
Y el moro batallador  
Sabe siempre que es mejor  
Lidiar en cristiana arena.

Allí en los andamios miran  
Sin máscaras las hermosas;  
Sus alientos se respiran,  
Y á sus miradas aspiran  
Las hazañas generosas.

Por eso vienen ligeros  
Sobre sus negros corceles  
Diez árabes caballeros,  
Silenciosos y severos,  
Envueltos en alquiceles.

Su mirar rápido, incierto,  
La negra barba crecida,  
El corcel de oro cubierto,  
Todo muestra la atrevida  
Generacion del desierto.

Y aunque cuanto audaz cortés,  
Culta en usos y language,  
Siempre se alcanza á través  
De su magnífico arnés  
Algo de origen salvaje.

Llegaron ante la valla  
Rey, pueblo y embajadores,  
Y al son del clarín que estalla,  
Van á ofrecer la batalla  
Al rey los mantenedores.

Llegó á sus piés don Beltran,  
Y díjole audaz: "Señor,  
"Aquí mis nobles están,  
"Que sus lanzas medirán  
"Con vuestra lanza mejor.

"Y pues por encarecellos  
"Vuestra real esplendidez,  
"Fiestas quiso concedellos  
"Para no ser menos que ellos,  
"He aquí campo á nuestra vez.

"Cómo tan buenos vasallos,  
"De las damas requerimos  
"Las bridas de los caballos;  
"Y pues á aquesto venimos,  
"O combatir ó soltállos."

Y echando el guante en la arena,